

desengañada que nos hace comprender que todos los órganos llegan a ser esducos y que hay una última centición. Hasta las escupideras de las escaleras son como escupideras de consultorio médico.

Nada como las escaleras para fijar el grado de enfermedad o decadencia de cada uno. Las más pías, las que son inflexibles en cada escaión son las más rudas en su pronóstico.

El criminal que se tapa—

Hay criminales que se tapan la cara al ver a los fotógrafos.

No es que estén arrepentidos o ruborizados de su acto, es que quieren demostrar que son dueños de no tratarse y de escapar a los miramientos objetivos.

No quieren ofrecer al mundo el rostro que no se debe tener.

Los criminales que se tapan el rostro evitan que el mundo acabe de comprender su crimen y lo abomine.

Da una gran rabia verles con el rostro tapado. «Nosotros — pensamos disparatadamente — no nos lo habíamos tapados».

En esa fotografía última del que ha de ser aborrecido es irreparablemente irreparable. ¿Qué poca conciencia tienen de que realizan lo más irreparable dejando la historia del crimen inacabada al ocultar su rostro!

El catafalco del pianista—

Los pianistas son decididos y expe-

ditos. Vuelven constantemente a los sitios de donde se acaban de ir. No tienen el valor de dejar pasar algún tiempo y que se note su ausencia.

Los pianistas revelan sobre todo lo decidido que son, pues inauguran su temporada con grandes carteles y montan en el escenario el catafalco del piano.

Con lo que cuesta mover un enorme piano de cola los pianistas lo mueven, lo hacen saltar al escenario y después montan el catafalco de su inmortalidad, algo así como el catafalco del X o del XXI aniversario.

Tiene algo de desfachatez la presentación del catafalco en la realidad viva y variable. Sólo los grandes osados que son los pianistas lo levantan una y otra vez. Abrea el enorme baúl mundo del piano en cualquier escenario y van sacando las camisas estampadas de su música y sus innumerables corbatas de fantasía.

La prescripción y los solares—

Tiene algo de social este epigrafe y más bien parece editorial que divagador y personal.

En los solares se guarecen las cesas que esperan la prescripción.

Si yo tuviere autoridad entraría en los solares y levantaría la laya de su secreto.

En los solares está esperando la prescripción definida en el Código Penal, tal y cual otro delito.

En los solares tal crimen espera que expire el plazo de su responsabilidad.

Los objetos robados están disimulados en los gallineros de los solares o en las barbieas esparecidas por ellos.

Ultimamente se encontraron en un solar retablos, altares, elementos del culto vivo, y despojados de una iglesia, y en otro solar lingotes de oro de la Casa de la Moneda. Todo eso esperaba su prescripción en el vagón de los solares, envuelto en los huics negros de lo que ha de soportar con pertinacia lluvias y hasta nieves.

En la cama de los solares, en su perezosa soledad hasta hay delitos de lesa majestad que esperan el indulto final de la prescripción, el único que no herirá el amor propio de los que esperan la impunidad.

La ópera "Lenin"—

Las óperas rusas que se estrenan en los grandes coliseos repiten las leyendas de los zares. Hasta en la misma Rusia, la ópera continúa sus evocaciones prepotentes.

Lo primero que hay que lanzar a los grandes escenarios es la ópera «Lenin», en la que habrá embriaguez como en las antiguas óperas, y cantarán desgarradamente mujeres muy contrariadas en su amor y hasta el espectro del convidado de piedra aparecerá en el fondo de la obra, como espectro de después de la suculencia, co-

mo hombre que ríe en medio de la vorágine de coros con la voz triste de bajos profundos.

La ópera «Lenin» iluminada con reflectores amarillos será un éxito desgarrador y dejará atrás a todos los kusalkas y demás tópicos de la Rusia antigua.

Un gran tenor, muy dueho en «El Fausto», tendrá que ser el que se preste a secundar el esfuerzo del autor en el papel de Lenin.

El destrozo de Pirandello—

Pirandello ha descompuesto el reloj del teatro. Queda un poco irreconstruible después del iconoclastismo acélebre autor. Será difícil recomponer los escenarios desbarajustados por Pirandello.

Pero donde es mayor el destrozo que produce es en las familias que vuelven del teatro. Los que van detrás de ellas en esa coincidencia de gente a la salida de los teatros — se nota los que vienen de los cines —

se sorprenden de su concentrado silencio de mal presagio.

Ese matrimonio que ha estado a ver la obra de Pirandello sale silencioso, sin atreverse a discutir, desconfiados de su caso, temerosos de las complicaciones preconizadas por el escritor enredoso.

Parece que les han cortado la palabra, y lo que en ellos era seguridad ha oscilado.

Por fin, al entrar en sus casas se arma una discusión terrible en que las butacas son butacas del proscenio.

La discusión se alarga hasta las 4 o las 5 de la mañana y los dos seres pacíficos hasta después de ver la obra de Pirandello se matan o se separan cuando el amanecer entreabre las cortinas.

Los dos restos de las butacas — fila 4a. números 18-19 — deberían ser para el juez que levanta los cadáveres o comprueba las heridas, indicio suficiente de cuál fué la causa del suceso.

EL ARTE DE DIVERTIRSE AUN EN EL TEATRO

—¿Usted aquí? — me dijo un amigo al entrar al teatro, estrechándome la mano.

—Ya lo ve.

—¿Viene solo?

—Sí...

Había pronunciado la palabra «solo» en el tono de un serrucho que desgarró un madero.

Como en aquel instante el timbre anunciara que iba a comenzar el espectáculo, me apresuré a ocupar mi butaca.

Durante el primer acto nos habíamos aburrido muy agradablemente.

En el entreacto volví a encontrar a mi amigo en el café situado dentro del mismo teatro.

El hombre estaba furioso contra el espectáculo y amabilísimo conmigo.

—¿Continúa usted — me preguntó — estando solo?

—Completamente solo.

—¿Quiere usted divertirse un rato, puesto que los cómicos no consiguen entretenernos?

—Con todo gusto....

—Venga conmigo. Hay un sitio vacante al lado del mío.

Lo seguí.

No cesaba de reírse, y este detalle aumentó mi curiosidad.

En cuanto alzaron el telón, mi acompañante sacó un pañuelo envuelto en un diario, y del pañuelo extrajo un pequeño libro que me dijo había com-

¡paf!, una enorme gota cayó sobre el cráneo del gordo.

Instintivamente, el pobre señor se llevó la mano a la cabeza y miró a lo alto.

En aquel punto otra gota se desprendía y le daba en un ojo; luego, otra le humedecía la frente, y una tercera le mojaba parte del cuello.

En este instante el bromista creyó oportuno suspender por breve espacio su tarea.

Transecurrido el pequeño armisticio, se reanudaron las hostilidades.

El infortunado espectador, harto del riego a que se le sometía, adoptó un partido heroico: el de cambiar de butaca con su mujer, una señora amarilla, flaca y larga.

—¡Ah! — exclamó mi amigo. — ¡Con que esas tenemos! ¡Ahora verás!

Y él también cambió de sitio conmigo, colocándose con toda precisión sobre el paciente.

La maniobra prosiguió incesante hasta el final del acto.

Cuando nosotros descendimos, observamos que el señor gordo promovía un gran escándalo ante el representante de la empresa, diciendo:

—¡Es intolerable! ¡En este teatro no se puede estar! ¡Todo son goteras! ¡Cualquier día vuelvo yo a poner los pies aquí!...

Durante el tercer rato continuamos divirtiendonos mucho. Y digo conti-

CAVAL en un teatro

